

Luis Bravo Valdivieso
Profesor de la Facultad de Educación
Pontificia Universidad Católica de Chile

Psicoanálisis y reflexión antropológica

El objetivo de este artículo es reflexionar sobre la antropología subyacente al psicoanálisis y su aporte como ciencia del hombre.

EL PSICOANÁLISIS ENTRE LA CIENCIA Y LA FILOSOFÍA

Bajo el nombre de *psicoanálisis* es conveniente distinguir entre una teoría psicológica, un método clínico de investigación y de tratamiento y una manera de percibir y comprender el hombre, la sociedad y la cultura.

En primer lugar, el término psicoanálisis implica *una técnica de tratamiento y una metodología de investigación* psicológica. Ambas tienen como objetivo acceder a los procesos inconscientes de la persona y permitirle su acceso a la conciencia, sea con fines terapéuticos, sea con fines de investigación. Freud describió el psicoanálisis como “el trabajo mediante el cual traemos a la conciencia del paciente lo psíquico reprimido en él. ¿Por qué “análisis” –se pregunta– que significa fraccionamiento, descomposición y sugiere una analogía con el trabajo que efectúa el químico sobre las sustancias que encuentra en la naturaleza y que lleva a su laboratorio? Porque tal analogía es importante y efectivamente fundamentada. Los síntomas y las manifestaciones patológicas del paciente son, como todas sus actividades psíquicas, de una naturaleza altamente compuesta; los elementos de esta composición son, en última instancia, motivos pulsionales”, que el paciente ignora (Freud, 1918). El análisis trata de aislarlos e identificarlos.

Como método clínico, el psicoanálisis permite penetrar las profundidades no alcanzables por la conciencia reflexiva, de las motivaciones más profundas y pulsionales del sujeto y cotejarlas con su percepción de la realidad y con el juicio consciente, formulado mediante el lenguaje. Su originalidad como método ha sido encontrar una vía de aproximación al estrato inconsciente de la personalidad con la colaboración del propio sujeto. La confrontación de las asociaciones libremente emergentes en el lenguaje y con la presencia de psicoanalista, permiten al sujeto readecuar en percepción de sí mismo y de sus afectos más profundos.

Su debilidad –desde el punto de vista de la investigación– reside en que siempre este proceso ocurre en un diálogo privado, en el que emerge la historia vital de cada

persona, lo cual dificulta una generalización de sus descubrimientos por procesos contratransferenciales del psicólogo.

La *teoría psicológica* derivada del psicoanálisis no fue el objetivo primero de Freud. Esta se fue elaborando y tuvo una evolución en la medida que Freud perfeccionó su técnica de tratamiento y fue capaz de integrar los aportes de la clínica en una conceptualización general sobre los procesos psíquicos que analizaba.

Ella comprende una descripción topológica (consciente-preconsciente-inconsciente), una construcción teórica del aparato psíquico (Ello, Yo, Super-Yo), una hipótesis dinámica de su funcionamiento (tendencias instintivas o pulsionales, líbido, sexualidad, resistencia, represión, derivación, mecanismos de defensa, acceso a la realidad, etc.) y una hipótesis sobre su origen y desarrollo en el niño (teoría sexual, teoría de las neurosis, etapas del desarrollo de la líbido). Parte de los conceptos dinámicos que utiliza Freud provienen de la física, ciencia paradigmática en su época (energía, cargas, contracargas, resistencia, desplazamiento, etc.).

Para distinguir la teoría psicológica derivada del psicoanálisis de la psicología general de principios de siglo, que se definía por estudiar los fenómenos de la conciencia, Bleuler prefirió agregarle el adjetivo "profunda" (Tiefenpsychologie).

En tercer lugar, bajo el nombre de psicoanálisis hay *un paradigma* de abordaje y de interpretación de la realidad, aplicable al arte, a la cultura, a la religión, a la historia, etc. Este paradigma se caracteriza por el doble significado que tienen los hechos de la cultura para las personas. Uno consciente y reconocible por el sujeto, y asimilable a categorías definibles por el lenguaje; el otro secreto, no accesible directamente, ni reconocible por el sujeto, y que proviene de procesos instintivos más primitivos no siempre aceptados por el sujeto. Freud dio ejemplos de la aplicación de este paradigma de interpretación de la cultura al analizar algunas obras de arte, como el Moisés de Miguel Angel o cuadros de Leonardo.

Para distinguirlo de la metodología de tratamiento y de la teoría del aparato psíquico, Dalbiez (1950) prefiere describirla como una "doctrina freudiana".

Esta proyección del psicoanálisis a la cultura ha sobrepasado su aporte clínico y psicológico, proyectando su influencia a la reflexión filosófica y a las concepciones antropológicas del hombre contemporáneo. En esta perspectiva es considerada una ciencia humana fundamental que aporta un modelo antropológico interpretativo y aproxima la psicología a la filosofía.

Vergote (1976) expresa que "Por su status científico el psicoanálisis se separa de la filosofía. En tanto que como ciencia del hombre, se le aproxima". Como todas las ciencias humanas, el psicoanálisis penetra en el interior de los fenómenos observados, pudiendo luego reelaborarlos conceptualmente. "De esta manera, habría entre psicoanálisis, psicología y filosofía una frontera fluida. La filosofía y el psicoanálisis se encontrarían en un terreno común de una especie de psicología introspectiva generalizada, que por una parte desciende hacia las formas primitivas, nuestras sedimentaciones profundas, y por otra, remonta hacia la formación de conceptos generales." (*op. cit.*).

Los tres componentes mencionados del término psicoanálisis son conceptualmente delimitables, pero difíciles de separar en la práctica. Principalmente los dos primeros, debido a que la fundamentación del modelo de funcionamiento del aparato psíquico propuesto por Freud, tuvo su fundamento en los descubrimientos e interpretaciones que realizó mediante la aplicación de la técnica psicoanalítica. La interpretación de los

fenómenos culturales es una proyección del significado inconsciente que tienen para las personas y para la sociedad.

Desde el punto de vista del modelo teórico propuesto por Freud tampoco es fácil determinar un constructo acabado, debido a que él mismo fue evolucionando en la medida que los descubrimientos clínicos le aportaban nuevos elementos y bases para la interpretación psicológica, lo cual lo indujo a variar en sus ideas sobre algunos componentes claves, tales como las teorías de la sexualidad y de las neurosis, el Yo, el Inconsciente, etc.

La existencia de numerosas “corrientes psicoanalíticas” derivadas del freudismo original muestra la amplia gama de perspectivas desde las cuales se pueden interpretar los procesos intrapsíquicos. Sin embargo, todas ellas tienen en común el reconocimiento de los procesos inconscientes y la presencia del conflicto intrapsíquico como dinamismo fundamental de la conducta.

BASES EMPIRICAS DEL PSICOANÁLISIS

El psicoanálisis emergió como un método de curación de las neurosis, en el contexto del cientismo de fines del siglo XIX, y dentro de un modelo antropológico en el que predominaba el positivismo. En ese período de la historia de la ciencia se buscaba la explicación del funcionamiento mental, a partir de los resultados y descubrimientos obtenidos en los espectaculares avances de la neurología. Los recientes descubrimientos de Du Bois-Reymond, Helmholtz, Müller, Brocca, Pavlov, Fechner, etc. auguraban la posibilidad de reducir y explicar los procesos mentales mediante los esquemas del funcionamiento del sistema nervioso central (Böring, 1950). El mismo término “análisis”, tal como lo definió Freud, fue tomado como analogía al análisis químico.

Freud, dentro de este contexto cultural y científico, trató de ir incorporando sus descubrimientos psicológicos dentro de marcos de referencia consistentes con las “ciencias naturales” de esa época, de modo que los procesos psíquicos pudieran ser cuantificados y explicados por las leyes físico-químicas. Las influencias de Helmholtz y de Fechner son explícitamente reconocidas por Freud, quien tomó como primer modelo explicativo del “aparato psíquico” el arco reflejo.

Sin embargo, esta perspectiva sufrió una modificación fundamental con el paso metodológico que dio Freud de la aplicación de la hipnosis a la adopción de la asociación libre, paso que tuvo consecuencias teóricas en la elaboración de su metapsicología. Esta situación ha sido analizada en otra publicación (Bravo, 1985).

La evolución en el pensamiento de Freud ocurrió en la medida en que fue descubriendo las funciones del Yo y reconociendo que no era posible reducir todos los procesos psíquicos a descargas de energía. Ricoeur (1964), en su lectura interpretativa de Freud, expresa que, como consecuencia de sus descubrimientos clínicos, tuvo que superar el modelo explicativo y reductivista original. El reconocimiento de un “proceso secundario”, o estructura cognitiva provista de lenguaje, elaboradora de símbolos, y capaz de reconocer las exigencias del mundo exterior, fue “el punto de ruptura” con el esquema primitivo y la aceptación de un “principio de la realidad” diferente del “principio del placer”. El Yo dejó de ser considerado un epifenómeno del ello.

Por otra parte, también evolucionó el concepto de “inconsciente”. En un comienzo, sobre todo en la etapa de la hipnosis, el inconsciente fue considerado por Freud como la parte “olvidada” del discurso del paciente, que el psicoanalista se esforzaba por traer a la conciencia y hacerla “recordar”. Era un inconsciente enfocado desde la conciencia. Sin embargo, el encuentro con resistencias inconscientes para recordar y con la presencia de leyes propias del inconsciente, diferentes de las leyes que rigen el psiquismo consciente, obligó a Freud a modificar su esquema, y a pasar de un inconsciente “adjetivo” de la conciencia a un Inconsciente “sustantivo”, al cual atribuyó la base fundamental explicativa de la personalidad. Freud expresa que “todo acto psíquico comienza por ser inconsciente y puede continuar siéndolo, o también progresar hasta la conciencia...”. El sistema inconsciente del psiquismo obedece a sus propias leyes, las cuales están determinadas por las tendencias instintivas o pulsiones y puede ser descrito como “dinámico y pulsional”.

En su libro póstumo “Esquema de Psicoanálisis” (1938), trató de dejar un bosquejo final de su teoría psicológica. Plantea que los impulsos más primarios de la conducta son la libido (o eros) y el instinto de destrucción (tanatos). Les da el nombre de “pulsiones” o “tendencias instintivas” (traducción de “Trieb”), lo que implica una diferencia fundamental con el concepto clásico de “instinto” (Instinkt). La finalidad del Eros es relacional, la del otro instinto es la destrucción, lo cual explica el nombre de “instinto de muerte”. Expresa que la conjunción y el antagonismo de estos dos instintos fundamentales otorgan a los fenómenos vitales toda su diversidad. Ambos constituyen el “Ello”, que se encuentra movido por el principio de la descarga de tensión. Los procesos del Ello son inconscientes y sólo emergen a la conciencia en momentos o situaciones peculiares (sueños, actos fallidos, síntomas, expresión artística, etc.). Frente al Ello, se desarrolla el Yo, como resultante de las exigencias de la realidad y por la existencia de aparatos de comunicación (sentidos, lenguaje, motricidad) que le permiten al sujeto derivar parte de las energías reprimidas y transformarlas en medios de adaptación y de creación. Según Freud, en el origen del desarrollo psíquico todo era Ello. “El Yo se ha desarrollado a partir del Ello bajo la influencia persistente del mundo exterior”. Las leyes psíquicas que controlan el Ello son diferentes que las que controlan la conciencia. Parte de los procesos del Yo están en la conciencia y parte está compuesta por los mecanismos de defensa –como los denominó Anna Freud– que son inconscientes.

Autores posteriores a Freud han ampliado o modificado este esquema, sin cambiarlo en lo esencial. Anna Freud aportó la descripción de los mecanismos de defensa. Hartmann y otros psicoanalistas ampliaron el concepto del Yo y de sus funciones autónomas. Melanie Klein indagó las etapas más primitivas del desarrollo infantil. Lacan estudió el psicoanálisis desde el punto de vista del lenguaje, etc.

En cierta manera, todos ellos han contribuido a reformular el modelo teórico sin cambiar las bases empíricas de sus aportes ni cuestionar los elementos fundamentales elaborados por Freud.

EL PSICOANÁLISIS DESDE UN PUNTO DE VISTA ANTROPOLOGICO

Según Vergote (1964), el psicoanálisis no es una antropología. Sin embargo, considera que, “tampoco es una ciencia positiva que reúna hechos filosóficamente

neutros". El psicoanálisis observa y estudia "hechos humanos, filosóficamente significativos", pues penetra en las pulsaciones y deseos más íntimos, conoce las angustias y los sentimientos de culpabilidad, las alegrías y las depresiones, pero siempre desde una perspectiva que lo diferencia de la filosofía y también de las ciencias empíricas, por lo tanto tampoco se trata de prolongar las experiencias del psicoanálisis en la filosofía.

Por lo tanto habría que distinguir entre una reflexión antropológica efectuada a partir de la aceptación de procesos inconscientes reelaborados y reconocidos por la conciencia, y el de atribuir a esos mismos contenidos categorías filosóficas o religiosas, como buscan algunos psicoanalistas existenciales.

Desde el primer momento el descubrimiento de una instancia psicológica, configurada por procesos inconscientes que determinan el comportamiento y motivan las conductas, planteó un dilema a la filosofía. El inconsciente aparece como un desafío radical contra el principio básico de la antropología filosófica cartesiana según el cual los procesos conscientes son definitorios de "lo psíquico", así como de la definición de hombre, centrada en la "racionalidad".

En la psicología tradicional, científica y experimental, "el sujeto se define por la conciencia y se opone al objeto, que es del dominio de la ciencia", en el psicoanálisis en cambio, "el sujeto aparece interiormente dividido, y el cogito no es sino la parte de luz, indisoluble de su contrario, aparentemente nocturno... El inconsciente aparece primeramente como no-verdad, ilusión, mentira simétricamente opuesta a la verdad y a la adecuación conceptual" (Vergote, 1976).

Desde el punto de vista de la conciencia reflexiva, el inconsciente es una instancia que perturba la claridad de la conciencia y por lo tanto de la reflexión y de la decisión libre e informada. Incluso, el término "pensamientos inconscientes" indica una cierta proyección de la conciencia reflexiva a un proceso que no se puede definir precisamente, por no seguir las leyes del pensamiento lógico. Para entenderlo correctamente no se le debe tomar como lo nocturno, opuesto a la claridad de la conciencia, sino como "el dominio de pensamientos sin cogito, es decir, sin sujeto". El inconsciente "se compone de pensamientos verdaderos que permanecen inconscientes y actúan desde el inconsciente. Los pensamientos inconscientes no representan, como el lenguaje consciente, la doble faz de ser inseparablemente significativo y significado". (*Op. cit.*). De esta manera, el acceso a esta instancia, mediante el psicoanálisis, no consiste solamente en recordar hechos olvidados, sino en reactualizarlos y "en reconstruir toda una red de relaciones" (*op. cit.*). El sujeto siente que la reconstrucción del pasado da otro sentido a muchos pensamientos y afectos de su vida presente.

Este proceso de clarificación requiere del lenguaje, para encontrar los significados perdidos de los pensamientos y afectos inconscientes emergentes y también cuestionar a la propia conciencia. Su incorporación en un discurso filosófico relativiza el pensar al suponer raíces ocultas y no reconocidas por él.

Esta situación aparece como problema clave para la configuración de una antropología a partir del psicoanálisis, pues él mismo pone en tela de juicio a la conciencia reflexiva y al cogito. El sujeto descubre que no es capaz de conocer y de controlar una parte del sí mismo y que el origen más profundo de muchas de sus decisiones está respondiendo -al menos parcialmente- a tendencias instintivas no dominadas por la conciencia y la voluntad. Las raíces afectivas tienen un peso bastante más grande en la conducta de lo que la conciencia reflexiva reconoce y está dispuesta a aceptar.

Para los filósofos, éste es un fuerte desafío, pues su aceptación implica que muchos discursos de la razón tienen raíces que no son totalmente racionales, y bajo los cuales hay motivaciones afectivas subyacentes que pueden llegar a desvirtuar su aparente racionalidad. Por un lado, cuestiona las bases de su pensamiento racional y consciente y, por otro, lo obliga a buscar una superación de esta situación. El mismo Vergote (1976) expresa que "El psicoanálisis propone como tarea al filósofo la de pensar cómo el espíritu pasa por la pulsión", y que para llegar a ser sí mismo debe transformarla. Agrega que Freud nos ha obligado a modificar nuestra idea del espíritu y del cuerpo, ya que el hombre es "cronológica y estructuralmente un ser de pulsión y de deseo". Ambos se entrecruzan e interactúan, permanentemente, en todos los actos humanos.

Según Cassiers (1985), esta situación provoca una "extrema desconfianza en la mayoría de las personas, y en particular del pensamiento católico, a su respecto". Esta sospecha nace porque al aceptar el peso de los procesos inconscientes sobre la conciencia, se cuestionan la validez de la propia razón y de las decisiones tomadas de manera aparentemente libre.

Frente a esta objeción, la respuesta es que el trabajo psicoanalítico no queda ahí. La toma de conciencia de los procesos y motivaciones inconscientes es sólo el primer paso del proceso. Este debe avanzar hasta que el sujeto pueda reconstruir el discurso consciente, incorporando en él los contenidos inconscientes emergentes y reformulando su percepción de sí mismo y de la realidad exterior. Este avance pasa por un camino de tanteo y de búsqueda, en la cual el sujeto pueda integrar activamente el encuentro de su pasado con el enfrentamiento de la realidad presente, lo cual le permite abordar la toma de decisiones con mayor libertad que antes de tomar conciencia de ellos.

Freud responde a quienes formulan esa crítica cuando dice que "al análisis del psiquismo enfermo debe suceder su síntesis". Expresa que la comparación con el análisis químico tiene un límite debido a que la vida psíquica tiende a la combinación y a la unificación. "En cuanto llegamos a descomponer un síntoma, a liberar una tendencia pulsional de un conjunto de relaciones, aquélla no permanece aislada, sino que entra pronto en un nuevo conjunto... De esta manera en el sujeto en tratamiento analítico, la psicosis se efectúa sin nuestra intervención, de modo automático e inevitable". (Freud, 1918).

Un ejemplo de esta dualidad ocurre en la génesis de la conciencia moral, la cual se forma a partir de prohibiciones y temores infantiles frente a las propias pulsiones, los que en parte permanecen inconscientes y en parte adquieren una racionalidad, progresivamente, en la medida en que se desarrolla el sentido de la realidad. La conciencia moral empieza en el niño como una aceptación de "lo prohibido", que el sujeto debe asumir, tanto como una culpabilidad inconsciente originada en un temor al legislador adulto, como mediante una identificación con aquél, que le ayuda a superar la angustia de tener que enfrentarlo. La conciencia moral comprende pues, en su origen, una instancia psíquica inconsciente e infantil (super-yo), que antecede al reconocimiento y aceptación consciente de la norma, y que persiste en la vida adulta e influye de modo determinante en su conducta moral. "La vocación ética del hombre según el psicoanálisis consiste en conquistar este dominio de lo inconsciente por la conciencia, y en reemplazar los motivos inconscientes (los tabúes) por leyes consciente y libremente aceptadas" (Vergote, 1964). No se trata simplemente de "reprimir" el

impulso prohibido o desencadenante de culpabilidad, sino de asumirlo conscientemente y de resolver el conflicto subyacente de acuerdo a normas aceptadas con un criterio de realidad adulta. Este es un proceso permanentemente inconcluso durante la vida adulta.

Un segundo punto del psicoanálisis que puede tener incidencia en la elaboración de una antropología, es su aporte al dilema de la relación entre “alma y cuerpo” o entre “espíritu y materia”. El viejo conflicto en que se debate la filosofía desde los átomos de Demócrito, la caverna de Platón, el hilemorfismo aristotélico, hasta la glándula pineal de Descartes, cuyo debate en la actualidad está centrado entre los aportes de una neuropsicología monista y materialista, propiciada por Changeux, en Francia y un nuevo enfoque dualista e interaccionista, entre las neuronas cerebrales y el espíritu, propuesto por Eccles en Inglaterra.

Desde el momento en que los procesos inconscientes hunden sus raíces en las bases más primitivas y profundas de las tendencias instintivas de origen biológico, como son la sexualidad y la agresividad, y por otro lado, mediante su dominio por el lenguaje, pueden transformarse y formar parte de los procesos superiores de la creatividad y del pensamiento racional, es posible pensar que la psicología profunda aporta una contribución explicativa a la relación entre la materia y el espíritu, diferente de la que puedan aportar otras corrientes psicológicas.

Desde una perspectiva psicoanalítica el punto de contacto entre el espíritu y la materia es el cuerpo. Su organización biológica es requisito y condición de su espiritualidad. Sin la organización biológica no hay vida, ni tampoco afectividad, ni pensamiento, ni creación. En consecuencia, la relación entre materia y espíritu pasa por la acción de la corporeidad. En el cuerpo está la frontera “entre el ser y el tener”. Por otra parte, la acción del cuerpo es “relacional”, lo cual implica no sólo la frontera entre la materia y el espíritu, sino también la frontera entre el yo y el tú, relación que fluctúa entre lo psíquico y lo biológico, y entre lo espiritual y lo corporal, a través de la sexualidad.

En este contexto, del conocimiento de la psicología profunda se pueden considerar tres aspectos de la corporeidad que contribuyen a explicar esa relación. Las dos primeras son tradicionales para el pensamiento filosófico post-cartesiano: un cuerpo, como máquina biológica, regida por las leyes físico químicas –la “res extensa” de Descartes– configurado por la materia; y una instancia “espiritual”, capaz de superar la inmediatez de la materia y ser creadora del mundo de la cultura. Mundo tres que menciona Popper.

El tercer aspecto está conformado por el “cuerpo psíquico” o “cuerpo vivido”, donde se entrecruzan las pulsiones instintivas (Trieb) y la realidad social internalizada. Es el lugar de encuentro entre las pulsiones instintivas del ello y el principio de la realidad del yo. Por una parte las pulsiones –componentes del ello– están en el límite de lo somático y lo psíquico (Laplanche y Pontalis, 1964), por otra, el Yo en el límite entre el aparato psíquico y la realidad, por lo que el cuerpo psíquico no puede definirse, ni sólo por su componente biológico, ni tampoco por su proyección “espiritual”.

De acuerdo con Vergote (1981) “el hombre está en el encuentro de dos órdenes; el del cuerpo viviente y el del lenguaje. Es la unión misma de ambos órdenes. Por esta razón no es un compuesto de cuerpo y espíritu, sino un compuesto de cuerpo orgánico,

de cuerpo psíquico y de espíritu ...el hombre encuentra su unidad en el cuerpo psíquico, en el cual precisamente se reúnen y se compenetran el cuerpo orgánico y el sistema simbólico". Un ejemplo de ello es la existencia de un estrato afectivo y emocional, que no es ni pensamiento ni máquina corporal, pero en el cual se juntan ambos. La afectividad se expresa tanto en la creación artística como en la unión genital. Ambos se integran en el cuerpo psíquico, que comprende tendencias pulsionales, "neuronas pensantes", capacidad para crear el lenguaje, amar a otro y proyectarse desde el presente al futuro no perceptible.

Si se toma en consideración esta perspectiva, aparece posible elaborar una antropología, tomando en consideración los aportes de la psicología profunda, que integre las bases biológicas y materiales del cuerpo con las creaciones de la mente y del espíritu. Aun cuando esta integración implique una limitación a la aparente autonomía de la razón.

La psicología profunda muestra que en el hombre están siempre presentes las raíces inconscientes de su conducta, movidas por las pulsiones instintivas de la libido, que lo motivan a descargar tensiones (principio del placer) –y cuya máxima expresión afectiva es la sexualidad genital–, y por otro, un principio de realidad –simbolizado en el Yo– que cumple la doble función de autocontrol y de adaptación al medio. Los mecanismos de defensa y de adaptación son los instrumentos que este Yo utiliza para efectuar este doble proceso. Freud describe con claridad este dinamismo cuando expresa que donde dominaba el Ello debe predominar el Yo. La acción de ambos ocurre dentro del contexto de una corporeidad relacional.

En consecuencia, una antropología derivada del psicoanálisis no implica que la conducta esté dominada por las tendencias instintivas. No hay en ella ni una permisividad ni una hipersexualización. Implica el reconocimiento y aceptación de las necesidades corporales, instintivas y emocionales, como la base de la conducta y las exigencias de su adecuación a las exigencias de la realidad.

En este modelo antropológico la dialéctica entre conciencia e inconsciente y entre Ello y Yo es pieza clave, pues reconoce que hay dos principios que controlan la vida psíquica, uno proveniente de los impulsos instintivos inconscientes y otro del conocimiento de la realidad. La persona no es ni puro espíritu ni puro impulso sexual o destructivo, sino una interacción dinámica y permanente de ellos, los cuales emergen transformados por la acción del Yo.

En consecuencia, la tensión y el conflicto vienen a ser constituyentes esenciales de la vida psíquica, debido a que las pulsiones del Ello responden a tendencias profundamente enraizadas en las bases biológicas de las personas que enfrentan a la realidad social. La dinámica psicológica de toda persona consiste en sobrepasarlos, para luego entrar en una nueva fase de tensión. La tensión psicológica provocada por este doble principio –de modo análogo al desequilibrio biológico en la mantención de la vida–, viene a ser dinamismo fundamental que motiva la conducta.

La manera de solucionar el conflicto revelará el grado de normalidad o de patología que presente una conducta, lo cual impide "establecer científicamente una línea de demarcación entre los estados normales y anormales" (Freud, 1938). Todo síntoma revelaría un fracaso en la resolución de los conflictos intrapsíquicos y sería origen de un desajuste en los procesos de adaptación a la realidad.

En *conclusión*, se puede advertir que desde sus comienzos, los aportes del psicoanálisis no sólo han constituido un desafío para los filósofos, sino también para los “psicólogos de la conciencia” y de la “conducta”. Para los primeros por la necesidad de integrar el Inconsciente, en cuanto instancia dinámica, motivacional, enraizada en las bases biológicas de la personalidad, dentro de los modelos de análisis psicológico científico, sin que éste pierda su verdadera cualidad, ni deje de ser lo que es: una fuente de pulsiones y de deseos, no reconocidos ni reconocibles, que ponen a la persona en situación de conflicto consigo mismo y con su medio, y al mismo tiempo dan la base para una motivación tendiente a sobrepasar el propio conflicto. Para los segundos, por su inmensa dificultad para explicar la existencia de un estrato afectivo o emocional, desligado de las reacciones bioquímicas del organismo.

En este contexto, muchos de los intentos de algunos psicólogos conductistas, como Dollard, Miller o Mowrer, de los fenomenólogos como Sartre o Merleau-Ponty, o de los culturalistas norteamericanos, como Horney y Sullivan, han sido cuestionados por los seguidores de Freud, porque desvirtúan lo esencial del Inconsciente. Tampoco los intentos recientes de los cognitivistas de considerar al inconsciente dentro del esquema de módulos de la mente aparecen satisfactorios (Power y Brewin, 1991).

Los aportes del psicoanálisis como teoría psicológica profunda y como modelo empírico de tratamiento permiten enriquecer una antropología que intente reflexionar sobre la unidad de la persona como ser biológico y como proyección espiritual. Muestra también que el logro de lo “espiritual” es una conquista que cada sujeto debe lograr y no una situación dada desde un comienzo. El término que define al hombre como “animal racional” refleja más bien, en esta perspectiva, una etapa de término que un punto de partida. La racionalidad se conquista en la medida en que el sujeto es capaz de descender el velo sombrío de las pulsiones inconscientes y hacer espacio a la conciencia reflexiva. Sin duda que el psicoanálisis ha planteado un serio desafío al concepto cartesiano de “racionalidad”.

Esta perspectiva antropológica considero que no está lejos de lo que expresa San Pablo en Romanos (7, 15-23) cuando dice que “yo siento otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi razón y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros”. En el fondo está reflejando el conflicto entre lo que siente y lo que piensa, entre los impulsos y la razón.

REFERENCIAS

- Böring E. G. (1950): *A history of experimental psychology*. Appleton.
- Bravo L. (1985): Freud teoría psicológica y método clínico. *Revista Universitaria*, 16: 14-19.
- Cassiers L. (1985): L'image de l'homme au travers de la psychanalyse. En: Van der Bruggen C., Ladrière J. et Morren L.: *Ethique, Science et Foi Chrétienne*. Pax Romana. Presses de Louvain-la Neuve.
- Dalbiez (1950): *El método psicoanalítico y la doctrina freudiana*. Desclée. Buenos Aires.
- Frankl V. (1950): *El Dios inconsciente*.
- Freud S.: *Obras Completas*. 3 Volúmenes. Aguilar, Madrid.
- Laplanche J. y Pontalis J. (1967): *Vocabulaire de la Psychanalyse*, P.U.F., Paris.
- Power M. y Brewin C. (1991): From Freud to cognitive science: A contemporary account of the unconscious. *British Journal of Clinical Psychology*, 30: 289-310.

-
- Ricoeur P. (1964): *De l'Interpretation*. Du Seuil, Paris.
- Vergote A. (1964): Psychanalyse et anthropologie philosophique. En: Huber W. Pirron H. y Vergote A., *La Psychanalyse, science de l'homme*, Dessart, Bruxelles.
- Vergote A. (1981): Le corps. En: Groupe de Synthèses de Louvain. *La Signification du corps*. Cabay. Louvain-La-Neuve.
- Vergote A. (1976): La Psychanalyse, limite interne de la philosophie. En: *Savoir, faire, espérer: les limites de la raison*. Faultés Universitaires de Saint-Louis. Bruxelles.